



Año II

Núm. 1

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Luis Castro Saborío

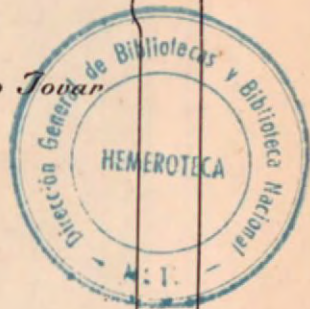
Luis Cruz M.

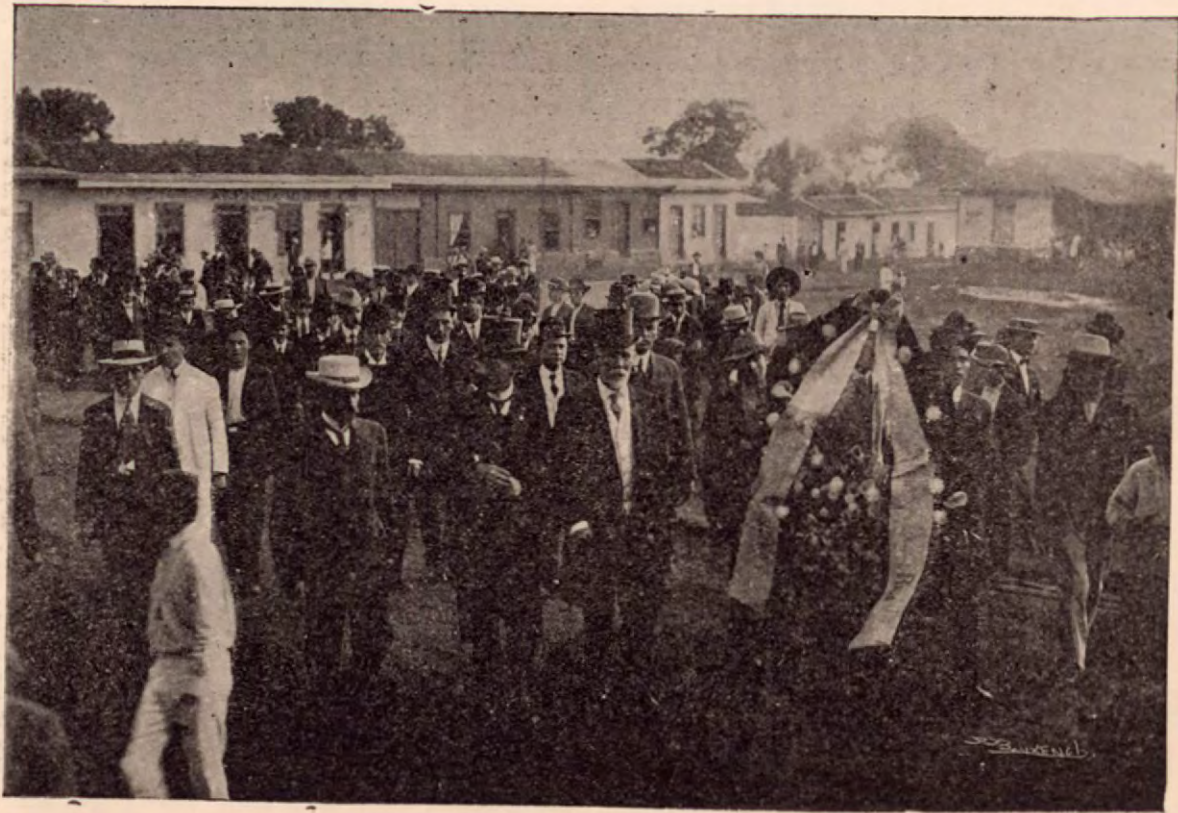
Rómulo Jovar

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL





LLEGADA DE LA COMITIVA DE SAN JOSE



ATENEOS DE COSTA RICA

San José, 1º de abril de 1913

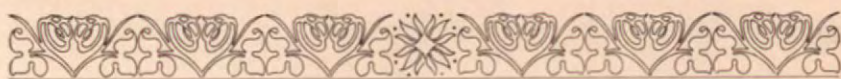
*Corporación Municipal del
cantón central de Alajuela*

Alajuela

Corporación Municipal:

En sesión celebrada el día 20 de marzo recién pasado, el Ateneo de Costa Rica dispuso hacer peregrinaciones a provincias, con el fin de celebrar acontecimientos nacionales de importancia, relacionados con la fecha en que la peregrinación deba llevarse a efecto. El propósito del Ateneo es exaltar la virtudes que el acontecimiento celebrado represente en la conciencia pública del país, honrando de esa manera la memoria de los prohombres costarricenses y estimulando, a la vez, aquellos sentimientos que engendran acciones generosas y elevadas.

En cumplimiento de ese acuerdo, la Directiva del Ateneo dispuso a su vez que la primera peregrinación se efectúe el día 11 de abril corriente, fecha en que el Ateneo se trasladará en cuerpo a la ciudad de Alajuela, con el fin de rendir homenaje a la memoria de Juan Santamaría, el héroe abnegado de Rivas. Llevarán la palabra en ese acto en nombre del Ateneo, los señores Licenciados don Tobías Zúñiga Montúfar y Luis Castro Saborío. Un tren expreso que saldrá de esta ciudad el día indicado, a las ocho y me-



La fiesta de Alajuela

(De La Prensa Libre — 12 de abril de 1913)

Como se había anunciado, a las dos y minutos de ayer tarde, salió el primer tren de la Estación del Atlántico con rumbo a Alajuela.

El Ateneo había repartido cerca de dos mil pasajes, y eran pocos para contener toda la gente que llegaba de la ciudad, en coche, a pie o en el tranvía, los primeros ocho vagones de que se dispuso. Hubo, pues, que alistar un segundo tren, con cinco carros y caboose, que también se llenó de obreros, estudiantes, maestros, militares, "algunos" y aun "muchos" sin billetes, confiados al acaso, que favoreció a los no invitados, pues ni un sólo tiquete se recogió.

Nosotros aprovechamos el primer tren.

En Heredia el convoy se detuvo varios minutos: gentes del campo en las boca calles, y señoritas y caballeros en la Estación saludaban con sus pañuelos. El tren camina con lentitud a causa de las pronunciadas curvas y de los barrancos por donde hay que ascender.

Pasan en visión panorámica dos o tres pueblos más, y luego, un pitazo largo anuncia que hemos llegado a Alajuela.

* * *

En la Estación un grupo compacto de señoras esperaba a los dos expresos. Se ve llegar gente presurosa; la chiquillería aumenta, silva, grita y se arremolina; cruzan a la vez los fotógrafos recogiendo instantáneas.

A pocos pasos de allí, el parque sonríe con sonrisa de hojas nuevas; pero, sobre el verde de los árboles, sobre los acordes de la música, algo se eleva todavía más grandioso y épico; la estatua del soldado Juan, con ademán resuelto, empuñando en la diestra la tea que hizo volar en pedazos el Mesón de Rivas; todo en él es sencillo: descubierto el pecho a la bala enemiga, con kepis sucio, ajado el basto traje militar, el chassepot casi despuntado, no parece sino que arriba y bajo el cielo azul, lavado por las primeras lluvias, esa figura heroica, es la del propio tambor de Alajuela, a quien el arrojo y el valor han convertido en bronce.

*
* *

Suena el himno nacional y todos se descubren; es la gloria que pasa. La nota marcial del bronce, se confunde con la vocesita de los niños que han llegado todos—los de las siete u ocho escuelas— a celebrar el día de la patria, el de la patria centroamericana.

Mientras el himno vibra, saco mi inolvidado lápiz y tomo notas: el parque está rodeado de un collar de perlas; de farolillos y de gallardetes; sobre el follaje de los árboles, aquí y acullá, está terciada—como sobre un brazo,—la bandera de Costa Rica; a mi derecha se alza la tribuna.

Al pie del monumento del Erizo, se ven grandes coronas con inscripciones. *Ateneo de Costa Rica, Manuel Castro Ramírez, Junta de Educación de Alajuela, Corte Suprema de Justicia, Escuela Superior de Niñas, Instituto de Alajuela, Municipalidad, Escuela Superior de Varones.* Por aparte otra corona más, sin tarjeta ni inscripción: un homenaje anónimo.

Por la engalanada tribuna desfilaron el señor Profesor don Elías Salazar, quien habló en nombre de la Municipalidad de Alajuela; su discurso fué enérgico, lleno de inspiración, bien cortado, dicho de viva voz.

Siguió al señor Salazar, don Justo A. Facio, quien después de breves palabras, cedió la Presidencia de la fiesta a don Roberto Brenes Mesén, que llevaba la representación oficial.

El señor Brenes Mesén—artista siempre—hizo como tal el elogio del estatuado. Dijo cosas bellas, bellas y nobles cosas.

Le sigue en el uso de la palabra el Licenciado don Luis Castro Saborío, quien se manifestó como intelectual de muchos quilates: en el discurrir de su palabra supo cortar hermosas flores de su pensamiento para el soldado Juan. Su discurso fué una bella pieza oratoria. Concluye el desfile tribunicio con el discurso del Licenciado don Tobías Zúñiga Montúfar, filósofo, estilista, y sobre todo un dominador de la palabra y narrador ameno.

De nuevo vuelve a sonar el metal de las Bandas, bajo la experta dirección de don Alfredo Morales, y los niños entonan el famoso himno a Juan Santamaría, música del maestro Calderón Navarro y letra de Emilio Pacheco Cooper.

El desfile principia. El acorde marcial suena de nuevo, junto a las rosas a medio reventar, y un río de seda, de oro, de perfume, invade las calles, hasta llegar a las engalanadas puertas del Club Social, en donde se hizo derroche de atención, sirviendo delicadas confituras, cerveza, whiskey, vinos y el inevitable sandwich.

La recepción terminó con un baile.

A eso de los nueve de la noche, los dos trenes cargados de gente llegaban a San José; los invitados se despiden en la retreta; y yo me dirijo a la Redacción, en donde escribo esta breve crónica, rindiendo mi aplauso cordial y sincero a la Directiva del Ateneo y a la culta sociedad alajuelense, que saben—haciendo aparte la prosa de la vida,—glorificar en el recuerdo a sus héroes, y brindarnos ratos de goce y de fruición espiritual.

CRONISTA.

PROGRAMA

de los

festejos organizados para celebrar el aniversario glorioso
del 11 de abril, con el fin de tributar un homenaje
a la memoria de

JUAN SANTAMARIA

5 a. m. Dianas y paseo de la Banda Militar por las calles de esta ciudad.

2 p. m. Recepción del Ateneo de Costa Rica, el que con el objeto de conmemorar el acto heroico de Juan Santamaría, visitará oficialmente esta ciudad.

Este acto tendrá lugar en la Estación del Ferrocarril al Pacífico.

Himnos Nacional y a Juan Santamaría, cantados por los alumnos del Instituto Municipal y de las escuelas públicas, al pie de la estatua del héroe.

Colocación de coronas.

Discurso de bienvenida, del Delegado Municipal.

Discursos oficiales.

Recepción de las comisiones oficiales en el Centro Social y desfile de los escolares.

5 p. m. Recreo en el Parque de Juan Santamaría.

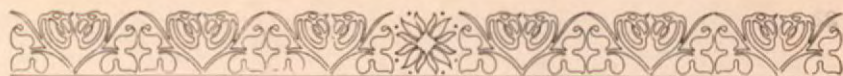
8 p. m. Concierto por la Banda Militar en el mismo punto.

La Comisión

Alajuela, 10 de abril de 1913.



Don Elías Salazar, Delegado por la Municipalidad de Alajuela



DISCURSO

de bienvenida leído por el Delegado por la Municipalidad de Alajuela,
don Elías Salazar, en la conmemoración del
11 de Abril de 1856

La Municipalidad del cantón Central de Alajuela, en cuyo nombre tengo la honra de saludaros, cordialmente os agradece la solemne visita con que hoy venís a conmemorar la acción de Rivas, en que se inmortalizó Juan Santamaría, el Héroe Anónimo, como le llamó Alvaro Contreras, cuyo verbo vibrante le dió fama legendaria.

Sed, pues, bien venidos, con vuestros amigos, al seno de este pueblo que os tributa el homenaje de su respeto y agradecimiento.

Señores:

Día de gloria para la Patria, el 11 de Abril de 1856, cuyo recuerdo nos trae a la memoria la campaña nacional, fulgura con luz propia en las páginas de la Historia y en ese bronce en que contemplamos el triunfo del derecho contra la ambición y la injusticia.

Ese bronce, en que se traslucen el valor y abnegación del héroe, ofrece a nuestros hijos, y ofrecerá también a las generaciones futuras, una hermosa lección de civismo: la de quien da la vida por la Patria en defensa de su libertad.

Al proclamar nuestros mayores su emancipación política, el 15 de Setiembre de 1821, consignaron en el acta de independencia la abolición de la esclavitud, concediendo el derecho de ciudadanía a "los originarios de Africa", y anticipándose a los demás países del continente colombiano a romper las cadenas del esclavo.

Escasamente habían trascurrido 34 años, cuando apareció Walker en Centro América, el esclavista de Nashville, de fisonomía dulce y femenina, abogado ambicioso, corazón de piedra, enérgico y resuelto militar. Era Walker escritor distinguido y el tipo ideal de muchos estadistas de la época, que consideraban la esclavitud como condición de la vida social, y miraban al esclavo como una bestia, cuyo valor se aprecia con dinero, según la fuerza y aptitud para el trabajo.

Contra los invasores de Nicaragua se alzó la patriótica voz de Juan Rafael Mora, cuya proclama de 20 de Noviembre de 1855, dió el grito de alarma en Centro América.

Contra las huestes walkerianas se alzó en armas el pueblo costarricense, y primero en Santa Rosa, preliminar aterrador para el audaz filibustero, y a continuación en Rivas, nuestros soldados, valientes, inspirados por el patriotismo y el sentimiento religioso, abnegados, sublimes, se sacrificaban por sus dos grandes ideales: la Patria y la Religión.

Contra los esclavistas del Norte, se alzó la figura excelsa de Abraham Lincoln, cuyo triunfo, tras larga y cruenta lucha, salvó a Centro América de nuevas invasiones, y la amenaza del filibustero Hénningesen, al saber el fusilamiento de Walker en Trujillo, en 1860, quedó completamente anulada.

Mora en Costa Rica y Lincoln en Estados Unidos, son dos figuras culminantes por sus ideales, dos patriotas cuya influencia ha sido trascendental en la evolución política de sus pueblos, dos bienhechores a cuyos pies cayeron los látigos y las cadenas de la esclavitud, despedazados, sucesivamente, por los héroes Centro y Norte Americanos.

Vosotros, oh amados niños! que venís a colocar flores y coronas al pie de la estatua del héroe, y a cantarle en apoteosis himnos armoniosos, asociad con su recuerdo los nombres de Mora y Lincoln, porque ambos mantuvieron en alto el estandarte de la libertad, porque ambos aborrecían la tiranía del fuerte contra el débil, porque ambos son egre-

gios como el oscuro tambor que el 4 de Marzo de 1856 partió de Alajuela, en el batallón de Juan Alfaro Ruiz, a defender la Patria, y sin imaginarlo siquiera, a conquistar los laureles de la inmortalidad!

ELÍAS SALAZAR





Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1913

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Ernesto Martin
Enrique Jiménez Núñez

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Fabio Baudrit
A. Alvarado Quirós

Secretarios

Elías Leiva
G. Zúñiga Montúfar

Sección de ciencias exactas y experimentales*Presidente*

Gustavo Michaud

Vicepresidente

Carlos Pupo

Secretario

Emel Jiménez

Sección de ciencias morales y política*Presidente*

José Astúa Aguilar

Vicepresidente

Leonidas Pacheco

Secretario

M. Sáenz Cordero

Sección de Literatura*Presidente*

Ricardo Fernández Guardia

Vicepresidente

J. García Monje

Secretario

Guillermo Vargas

Sección de Bellas Artes*Presidente*

Enrique A. Echandi

Vicepresidente

Ismael Cardona

Secretario

Julio Osma

Sección de ciencias exactas y experimentales

MIEMBROS ACTIVOS

A

Anastasio Alfaro

Manuel Aragón

C

Salomón Castro M.

E

Guillermo Echeverría

G

Jasé Fabio Garnier

Santiago Gutiérrez

J

Emel Jiménez

Enrique Jiménez Núñez

L

V. Lachner Sandoval

M

Gustavo Michaud

Luis Matamoros.—*Washington*

Gerardo Matamoros

P

Arturo Pérez Martín—*Madrid*

Teodoro Picado

Carlos Pupo

R

Alberto Rudin

S

Luis A. Silva
Elías Salazar

T

J. Fidel Tristán

Sección de ciencias morales y políticas

MIEMBROS ACTIVOS

A

José Astúa Aguilar
M. Argüello de Vars
Marciano Acosta
Luis Anderson

B

Alberto Brenes Córdoba
Fabio Baudrit
Leonidas Briceño

C

Luis Castro Saborío
Luis Cruz Meza
Rafael Ótón Castro

D

Juan Dávila

G

Cleto González Víquez
C. González Rucavado

I

Rafael Iglesias

J

Ricardo Jiménez
Carlos M. Jiménez

K

Alfredo Skeener Klee

L

Elías Leiva

M

Ernesto Martín
F. Montero Barrantes
Juan María Murillo

O

Carlos Orozco Castro

P

Leonidas Pacheco
Pedro Pérez Zeledón. — *Washington*

S

Manuel Sáenz Cordero
Juan Gaspar Stork

V

Guillermo Vargas
Víctor Vargas Q.

Z

Ramón Zelaya
T. Zúñiga Montúfar



Sección de Literatura

MIEMBROS ACTIVOS

A

A. Alvarado Quirós
J. M. Alfaro Cooper

B

R. Brenes Mesén
Alejandro Bermúdez.—*Panamá*

C

Jenaro Cardona
Eduardo Calsamiglia
Celia Carrillo de Monje
Ester Castro de Tristán
Augusto N. Coello

Ch

Lisímaco Chavarría

D

Luis Dobles Segreda

F

Justo A. Facio
R. Fernández Guardia.—*Washington*
María F. de Tinoco
L. Fernández Guardia
Luis R. Flores

G

Joaquín García Monje
Juan Garita
Luis F. González

J

Manuel de J. Jiménez

L

Agustín Luján.—*Buenos Aires*

M

Gregorio Martín
Julieta P. de Mc Grigor.—*Nueva York*
Félix Mata Valle
Modesto Martínez
Domingo Monje Rojas

N

Félix F. Noriega

O

Miguel Obregón L.
Angel Orozco

Q

Napoleón Quesada
Ramón M. Quesada

S

Mario Sancho

T

Luis Torres Acevedo.—*Madrid*
Rómulo Tovar

U

Manuel Ugarte.—*París*
Daniel Ureña

V

Manuel Veiga
Faustino Víquez
Rafael Villegas

Z

Antonio Zambrana.—*Habana*
Gerardo Zúñiga Montúfar

Sección de Bellas Artes

MIEMBROS ACTIVOS

A

Alejandro J. Aguilar

B

Juan Ramón Bonilla

C

Próspero Calderón.—*San Salvador*
 Angelina Castro
 Ismael Cardona
 Roberto Campabadal
 Roberto Cantillano

E

Enrique A. Echandi
 Elsa de Echandi

F

Julio Fonseca

G

Emilia de Garnier
 Carlos Gutiérrez

H

Enrique Hine Saborío—*Nueva York*
 Josefina Hazera de Zúñiga

L

Juan P. Loots

M

Luisa Montero
 María Luisa Morales
 Samuel Montandón

N

César Nieto, h.

O

Mercedes O. de Tucker.—*Nueva York*
 María O. de Hine.—*Nueva York*
 Julio Osma
 José María Osma

R

Petra Rosat

S

Manuel Salazar

V

J. J. Vargas Calvo

Miembros correspondientes

- Joaquín Bernardo Calvo.—Wáshington
 Octavio Beeche.—Niza
 M. González Zeledón.—Nueva York
 Clodomiro Picado Twigth.—París
 Santiago Argüello.—Nicaragua
 Rómulo E. Durón.—Honduras
 Alfonso Reyes Guerra.—El Salvador
 Máximo Soto Hall.—Guatemala
 José Ingegnieros.—Lausana
 Juan García Calderón.—Lima
 César Nieto.—Barcelona

Miembros honorarios

- Manuel María Peralta.—París
 V. Fernández Ferraz.—San José
 Pilar Jiménez.—San José

-
- E. E. y M. P. de Chile en Costa Rica (Carlos Vergara Clark)
 Ministro Residente de México en Costa Rica
 (Luis Ricoy)
 Ministro Residente de la República de Nicaragua en Costa Rica (Isaac Guerra)
 E. de N. de los E. U. de A. en Costa Rica
 (Langhorne)
 E. de N. de la República de Cuba en Costa Rica
 (F. Porto del Castillo)
 E. de N. de la República de El Salvador en
 Costa Rica (Gregorio Martin)



Peregrinación a Alajuela

A moción hecha por el Licenciado don Luis Castro Saborío, el Ateneo acordó efectuar peregrinaciones a los pueblos con el objeto de celebrar fechas gloriosas de nuestra historia patria, así como de rendir homenaje a aquellos hombres que por su talento, ilustración y, sobre todo, por la importancia de los servicios prestados al país, en sus diferentes actividades, fueren acreedoras a tan alto honor.

Movieron al señor Castro Saborío para lanzar su idea, no sólo las razones antes expuestas, sino el deseo de hacer sentir en toda la República la bienhechora labor del Ateneo, que irá a su paso estimulando inteligencias y haciendo que esos esfuerzos se encaminen al desarrollo y progreso de la intelectualidad.

El Ateneo escogió para dar principio a sus peregrinaciones el 11 de abril, aniversario de la batalla de Rivas, en 1856, y en donde el soldado Juan Santamaría, con acto heroico, halló una muerte gloriosa y con ella alcanzó la inmortalidad.

A continuación va publicada la nota que el Ateneo dirigió a la honorable Municipalidad de Alajuela, lugar del nacimiento de Santamaría y en donde se le ha levantado una estatua, haciéndole saber su decisión de constituirse al pie de dicha estatua para celebrar tan importante fecha.

La Municipalidad de Alajuela, con exquisita cortesía, contestó aceptando la invitación que se le hizo para tomar parte en la fiesta y nombró como su representante al Profesor

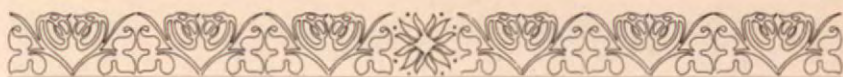
don Elías Salazar, quien llevó la palabra en su nombre. El Gobierno, asimismo invitado, nombró para que llevara su representación al señor Subsecretario de Instrucción Pública don Roberto Brenes Mesén, quien pronunció un bellissimo discurso, que sentimos no dar íntegro a nuestros lectores por haber sido improvisado. Un extracto de su oración nos la ofrece la crónica que hizo el periódico de esta ciudad *La Información*.

Registro de la Biblioteca Nacional





Don Roberto Brenes Mesén, Delegado del Gobierno



PARRAFOS


del discurso pronunciado por el señor Secretario de Estado en el
Despacho de Instrucción Pública, don Roberto Brenes Mesén,
como Delegado del Gobierno en la conmemoración
del 11 de Abril de 1856

El señor Brenes Mesén, en nombre del señor Presidente y del Gobierno de la República saludó a la ciudad de Alajuela en esa hora de legítima satisfacción para ella. Luego, refiriéndose a la guerra, dijo que si bien la más alta aspiración de los pueblos debe ser la conservación de la paz, no estamos en el derecho de condenar en absoluto la guerra. Hay guerras justas y todas enseñan una profunda lección a los hombres: a morir por un símbolo. Es una bandera, un ideal, un deber, y los hombres, con el corazón lleno de fe, con fervor heroico, mueren por ese deber, por ese ideal, por esa bandera.

Hay en toda alma humana un rincón donde yace la encantada lámpara de Aladino: una palabra, un conjuro pueden ser el rasguño que evoca el genio que construye las maravillas del arte o de la ciencia o del heroísmo. Una pregunta fué el conjuro que despertó ese genio de lo heroico en esa alma sencilla. Ese bronce es el símbolo de lo heroico en las almas sencillas. Que los resplandores de esa antorcha, menos tea incendiaria que símbolo de lo luminoso que existe en el corazón de nuestro pueblo, caigan sobre el manto de nuestra época como sobre los vastos cielos azules los fulgores de la aurora.



Licdo. don Luis Castro Saborío, Delegado del Ateneo de Costa Rica



DISCURSO

leído por el Licenciado don Luis Castro Saborío, como Delegado del
Ateneo de Costa Rica, en la peregrinación organizada por este
Centro a la ciudad de Alajuela en la conmemoración
de la fecha gloriosa del 11 de Abril de 1856

Señores :

No olvidemos a nuestros héroes. Ellos son el símbolo del sentimiento patrio. Ellos constituyen la fórmula que resuelta en bronce, nos dice que los costarricenses, somos capaces del sacrificio de la vida en aras de este terruño querido.

Con ese metal, con ese bronce imperecedero, exponemos las generaciones venideras, uno de los aspectos del patriotismo. El que para su eclosión brillante y altanera, sólo necesita de una alma generosa y un corazón cuyos latidos sean los mismos del corazón de la patria.

Así como la naturaleza guarda en su seno riquezas insospechadas, que el minero en su labor de cíclope sorprende, así la patria, nueva minera, escoge de entre las multitudes anónimas, la piedra preciosa, que en este caso es Santamaría, para deslumbrar al mundo con sus fulgores, y señalar la senda de las heroicidades.

Nosotros, los aquí congregados respondemos a un sentimiento solidario de admiración y reconocimiento hacia el libertador de la patria. Las flores de la juventud y de la

niñez, esparcen sus perfumes al pie de esta estatua. Ojalá que esa corona que el sentimiento ha sabido construir, no disipe jamás sus perfumes y que este pedestal, sea el altar, de fuego siempre encendido, en el que se rinda culto a nuestros héroes.

Ningún capítulo más elocuente que este bronce, para enseñar a los pueblos el cumplimiento del deber.

No hay en los libros más luz, que en esa antorcha, que así ilumina nuestro espíritu en los desfallecimientos, como calienta nuestros corazones e impulsa nuestras voluntades en la hora de la duda.

Esa antorcha es inmortal. Nos obligará a ver siempre al héroe; y es formidable contra las tinieblas del olvido.

Por eso estamos aquí.

Para decirle al soldado valeroso, que no lo hemos olvidado, que las claridades de su antorcha llegan de océano a océano, y que la patria siempre estará agradecida de ese impulso salvador, de ese gesto que eternizó el bronce, para mostrar cual es el gesto, y cual el impulso que redimen.

Santamaría era un sencillo labrador. Aprendió en el gran libro de la naturaleza. Supo de la generosidad heroica de la tierra, que deja herir su seno y en cambio da el fruto. Escuchó en las noches tempestuosas la orquestación magnífica del firmamento y vió en la selva el potente músculo de los cedros y los robles.

Lo deslumbró la fulguración del rayo y como él, llevando el fuego, obedeció al impulso que en uno rasga nubes para purificar atmósferas y en otro ataca peligros para suprimir esclavitudes.

Tenía la tristeza soñadora que aprendió en las noches de luna, cuando la suave luz le mostraba allá, en el fondo de su rancho, el gesto cariñoso de su madre, que no tenía más límite que el corazón de su hijo.

Por eso aquel espíritu acostumbrado a la contemplación de lo grande, de lo eterno, sólo tenía dos sentimientos grandes que lo acompañaron hasta la hora suprema: patria y madre.

Patria y madre. Esas dos palabras resumen la psicología del soldado Juan. Aquel heroísmo que surgió en un segundo, nació así.

De esa religión que se aprende escuchando los consejos y sintiendo las caricias maternas, como contemplan-

do el cielo patrio, cuyas luces se truecan en flores de sentimientos hondos en sus hijos.

Santamaría, al oír la voz del General Cañas, escuchó la epopeya del sacrificio de su vida, sólo interrumpida por el recuerdo de su Madre que dejaba sola, pero más poderoso su sentimiento patrio, como el rayo que había contemplado tantas veces, fundió para siempre con su fuego, las cadenas de la esclavitud.

El hecho de estar aquí congregados, no nos dice sólo que hay un patriotismo heroico; que hay soldados que mueren gloriosos por su patria.

No señores, el símbolo que hoy recordamos, quiere decir más: y este es un aspecto cierto de la gloria de Santa María. Su heroísmo fué espontáneo, súbito, como son todas las grandes obras.

El soldado a cuyo pie estamos, no pensó en las apoteosis, en los festejos, ni siquiera se imaginó que su nombre pasaría a la Historia y mucho menos que su actitud fuera detenida ante los siglos por el bronce de una estatua. Su acción fué una resultante de ese amor inmenso y dulce que no debemos dejar que se aminore ni se pierda; de ese amor, que hace al japonés vencedor del Imperio Ruso, porque tiene el culto de sus antepasados que supieron darle las nociones del honor; de ese amor que hace morir a Ricaurte sobre un polvorín y que lleva a Juana de Arco a la hoguera; de ese amor que no pára mientes en los comentarios que se hagan de su acción y que sólo obedece al fin generoso de la salvación de la Patria.

Por eso, los que no sospechan la inmortalidad de sus actos, son los verdaderos inmortales.

El alma es una en el mundo y sus grandes manifestaciones de belleza, quedan perpetuamente resplandecientes ante el paso de los siglos.

Por eso nosotros ante este símbolo, debemos pensar y obrar desinteresadamente, teniendo sólo en mira aquel sentimiento.

Es verdad que acciones como la del soldado Juan, no se repiten todos los días, pero también es cierto—y esto debe oírlo y comprenderlo la juventud—que no sólo ese es el patriotismo: patriotismo es formar el alma nacional con la enseñanza sana de los apóstoles de la idea; es educar las voluntades que serán mañana las palancas del progreso; es

corregir los vicios, no con teorías sino con el implantamiento de escuelas; es formar aptitudes antes que prodigar conocimientos.

Patriotismo es mejorar cada vez más las instituciones; es velar por el buen nombre de la nación, haciendo que su crédito se respete y se agigante; es velar porque la justicia se cumpla. Como también es patriotismo ejercitar los derechos políticos sin interés alguno privado, teniendo como mira la paz y prosperidad del país; así como también cumplir con los deberes del hogar, porque de ese modo se dignifica la familia, base única del Estado.

Sí señores, tengamos el culto de los héroes, pero también el de los buenos ciudadanos. El de aquellos, verdaderos y patriotas, que al engrandecerse han engrandecido a su país y se han levantado sobre las multitudes para servir de ejemplo de lo que pueden una voluntad, una inteligencia y un carácter.

El verdadero patriotismo estriba no sólo en formarse, en aprovechar las propias fuerzas morales e intelectuales, sino en lo que es mejor, en servirse de ellas generosamente en bien de la patria.

Y no se crea que esas fuerzas sólo son dignas de tomarse en cuenta cuando desarrollan una teoría filosófica o un plan de enseñanza. No, que también es buen patriota el artesano, el industrial y el comerciante, cuando sus aptitudes se dirigen todas, a mejorar las artes, las industrias y el estado económico de un pueblo.

Dentro de sus relatividades tanto contribuyen al engrandecimiento nacional el arquitecto que traza el plano, como el arriero que conduce los materiales y el honrado albañil que coloca el ladrillo para levantar el edificio.

Tener patria, señores, es poder gozar dentro de su propio territorio, de libertad y de justicia; y un pueblo puede lograrlo, cuando comprende por su adelanto moral e intelectual, el valor de esos dos términos: libertad y justicia.

Un pueblo es grande y logra perpetuar su recuerdo en la historia, por las ideas que sembró y vió fructificar. No se recuerda tanto a Grecia por sus guerras, como porque fué la cuna del arte.

No se recuerda tanto a Roma por sus Cónsules y Emperadores, como porque fué la fuente del derecho. Y ambas ideas, derecho y arte, fueron tan portentosamente

desarrolladas, que todavía después de miles de años, ni se ha podido colocarle el brazo a la Venus de Milo, ni se ha encontrado una fórmula más sabia de la justicia.

Señores, sepamos tener patria. Hagamos que el recuerdo de este pueblo, se perpetúe, por el decoro y el amor de sus hijos.

Santamaría, ojalá que no acontezca, pero cuando nuestro patriotismo se crea nublado por las tinieblas del olvido y el desfallecimiento, volveremos nuestras caras hacia tu antorcha, en busca de esa luz eterna, que sabrá alentarnos y señalarnos siempre el camino del deber.





Licenciado don Tobías Zúñiga Montúfar, Delegado
del Ateneo de Costa Rica



DISCURSO

pronunciado por el Licenciado don Tobías Zúziga Montúfar, como Delegado del Ateneo de Costa Rica, en la peregrinación organizada por este Centro a la ciudad de Alajuela, en la conmemoración de la fecha gloriosa del 11 de Abril de 1856

Señores :

El libro sagrado que registra el ceremonial del culto de Costa Rica, encierra en sus páginas más luminosas, la fecha que hoy respetuosamente consagramos en memoria del 11 de abril de 1856, día de gloria para la Patria, porque hoy desfilan ante los ojos de la memoria, ejércitos de hermanos sacrificados en aras de una idea redentora, porque surge de la eternidad pretérita, el ejemplo inmortal de héroes y de mártires rememorando extraordinarias hazañas, y porque en esta fecha se levantan, ante nuestro pensamiento, las augustas sombras de nuestros mayores, que supieron defender las ideas de libertad que como lluvia prolífica y bienhechora se extienden por el mundo, y que, con los reducidos elementos intelectuales y materiales de nuestro medio entonces del todo rudimentario, pero armados de energía, de valor, de abnegación, de indomable entereza y de heroico patriotismo, desafiaron a la muerte lanzándose a los fragores de la guerra, para conservar el opulento tesoro de la independencia y defender la integridad de nuestros territorios y de nuestros derechos de hombres libres.

En esta fecha memorable el pueblo de Costa Rica vuelve los ojos de su gratitud, de su admiración y de su cariño hacia el noble pueblo de Alajuela, que nos dió, en aquella inolvidable campaña, hijos de un arrojo espartano, como el valiente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, y de un heroísmo digno de Leonidas, digno de Ricaurte, como el inmortal soldado Juan Santa María, que, entre las figuras de nuestra historia, es la personificación simbólica de nuestro pueblo, sencillo, humilde, trabajador y pacífico por idiosincrasia, pero resuelto, bravo y valeroso cuando llega la hora de peligro para la integridad nacional y cuando va hacia la muerte invocando el dulce nombre de la madre en el momento supremo del redentor sacrificio.

El Ateneo de Costa Rica, que tiene por finalidad constante el alto empeño de mantener en movimiento las energías intelectuales y morales que constituyen el exponente activo del progreso nacional, ha querido participar en este aniversario, para traer a Alajuela por medio de la palabra del menos idóneo de sus miembros, el homenaje de su simpatía al pueblo alajuelense y el tributo de sus más nobles sentimientos de admiración al soldado que en el instante de la muerte subió de la oscuridad de una vida hasta entonces ignorada, a las cumbres de la gloria y a las regiones de la inmortalidad.

Cincuenta y siete años hace que el pueblo de Costa Rica, llevado a los campos de batalla por el espíritu bizarro del egregio Presidente don Juanito Mora, fundió las cadenas de esclavitud que para Centro América había forjado Walker el aventurero.

Cincuenta y siete años hace que las fuerzas del negro americano, guarecidas en Rivas de Nicaragua, fueron vencidas y puestas en fuga por tropas costarricenses.

Cincuenta y siete años hace que los rifleros del filibusterismo fortificados en los reductos del Mesón de guerra, cedieron ante el incendio producido por el gran soldado de Alajuela.

Pues bien, señores, en el inmenso panorama de la Historia, aunque la forma de los acontecimientos varíe, aunque los hombres se sustituyan en el decurso de los tiempos y aunque los hechos se presenten con diversidad de matices, suelen renovarse las luchas de la libertad contra la Esclavitud, las batallas del derecho contra la fuerza, y es benéfica

labor de civismo enaltecer la memoria de los héroes, recordar los grandes ejemplos de la abnegación, estimular con el recuerdo de los muertos ilustres, los sentimientos altruístas que reposan en el corazón de los hombres, para que esos sentimientos no se extingan y para que las acciones libertarias no perezcan en el silencio del olvido, sino que perduren con los fulgores resplandecientes de la gratitud de la posteridad.

El hecho que ese soldado de bronce simboliza, es todo un poema de los más bellos sentimientos que atesora el alma de la humanidad.

Los grandes hombres que han pasado a la Historia, lo han sido: unos por el resplandor de su genio en las esferas de las Artes, de la Filosofía y de las Ciencias; otros por la fuerza de una voluntad extraordinaria puesta al servicio de las causas de la libertad y del progreso; otros por el volumen de insignes capacidades y de superiores energías para el gobierno de los hombres, y todos por el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad con el auxilio de los grandes factores de la cultura universal.

Pero en el oscuro tambor de Alajuela que hoy glorificamos, no figuran como factores eficientes de su sacrificio sublime, las causas propulsoras de los espíritus cultivados al calor de los grandes factores del progreso. En aquel soldado prevaleció en los momentos postreros de su vida, un sentimiento ingénito, infinito y sublime, como las fuerzas infinitas de la Naturaleza, como las fuerzas ciclópeas de los volcanes en cólera, de los elementos en tempestad, de las furias desatadas de los mares y de los vientos: el sentimiento de amor a la Patria, latente en el alma de las multitudes, y exaltado cuando a la Patria se amenaza en la majestad de su honra o en la integridad de su suelo.

En el instante que el soldado Juan Santa María, respondiendo voluntariamente a la voz de su jefe para tomar la antorcha que había de consumir por las llamas el Mesón de Guerra donde los cazadores bucaneros se guarecían, encaminó resueltamente sus pasos a realizar la proeza increíble, dos visiones se alzaron seguramente en su pensamiento de héroe: el misterio pavoroso, el espectro cercano de la muerte y la imagen querida de la Patria. Y aunque también brilló en su frente el recuerdo de su madre, y en los instantes decisivos vibró en su corazón con resonancias de altísima

ternura el sentimiento del amor filial, el amor de la Patria, — que abarca todos los amores — prevaleció en su espíritu, y con la hirsuta cabellera desgreñada, la mirada fulgurante de satisfacción, la sonrisa del héroe en los labios, abierto su pecho varonil a las seguras balas del avesado enemigo, con el arma al brazo y la tea en alto, va el tambor, va el soldado, va el Erizo a entregarse a la muerte para salvar a la Patria, el fuego responde a su heroísmo y las llamas se alzan con reverberaciones de aurora, y al caer en el polvo, herido, mutilado, agonizante, pasa los dinteles del infinito, la gloria pone un beso de luz sobre su frente y entra radiante en el cielo de la inmortalidad.

El sentimiento de amor a la Patria es el que prevalece en la hazaña de Juan Santa María y el que, para ejemplo de las generaciones está escarnado en el bronce. Y aunque ciertas tendencias avanzadas de la modernidad califican el culto de los héroes como degeneración psicológica de los pueblos y como apoteosis de la barbarie que entraña la guerra y el exterminio de nuestros semejantes, debemos convenir en que el culto de los héroes puede ser funesto para la humanidad cuando las proezas que se glorifican se realizaron en guerras de conquista o para avasallar pueblos, pero nunca puede serlo en las luchas por la libertad, cuando los héroes son el exponente más alto de una raza que pugna por la autonomía y de una Patria que combate por sus atributos soberanos.

Mientras la humanidad permanezca organizada como hoy se encuentra, mientras los hombres vivan en parcialidades autónomas, independientemente constituidas y gobernadas, el amor de la Patria tiene que subsistir "abarcando, como decía Lamartine, los sentimientos más profundos, más intensos, más grandes que Dios ha colocado en el corazón humano: amor de sí mismo y defensa del sagrado derecho que tiene todo hombre al venir al mundo, a disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia que es la patria pequeña circunscrita en torno de los hijos; amor de padre, de madre, de abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material o inmaterial, al venir a ocupar el lugar que nos prepararon junto a ellos o después de ellos en la tierra; amor de esposa a quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes vivimos por la perpetuidad de

la sangre, y a los que debemos dejar, aún a costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen el honor de nuestra raza; amor a la propiedad, instinto conservador de la especie que da a cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos o dulces en que hemos nacido y por hábito han llegado a formar parte de nosotros mismos, necesidades encantadoras de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño a las costumbres, al idioma, a las leyes que nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos extraños porque la civilización misma, impuesta por la fuerza es una esclavitud, y la primera condición requerida para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que el pueblo tenga libertad de reclamarlo en el perfecto disfrute de su soberanía”.

Todos esos preciosos sentimientos que enaltecen, dignifican y alegran la vida, son los que prevalecen con avasalladora intensidad en el alma de los héroes, y precisamente lo que mueve la gratitud de los hombres, lo que causa la admiración de los pueblos, lo que se consagra con religioso fervor, es la abnegación profunda, llevada al grado del sacrificio, de quien se lanza resueltamente a la muerte y pierde el disfrute de los nobles sentimientos que hacen amable y querida la existencia, para que de ellos puedan seguir gozando los hermanos sobrevivientes y las generaciones sucesivas de la Patria.

La hazaña del humilde tambor de Alajuela pertenece a la categoría de esas proezas legendarias que los pueblos no pueden olvidar y que figuran como puntos culminantes en la Historia de las naciones; y aunque la nuestra sea pequeña y la campaña contra el filibustero no revista las proporciones de las guerras que han conmovido al Viejo Continente, los móviles que la inspiraron son los más dignos de recordarse y los que mayor justificación tienen ante el mundo, el valor desplegado dentro del ambiente rudimentario en que entonces nos movíamos, da a los hechos de nuestras armas las proporciones de las helénicas epopeyas y coloca a Juan Santamaría en el reducido número de los